

Guber, Rosana. *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda.*

Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001, 188 páginas

por Gonzalo de Amézola - UNLP / UNGS

La Historia del tiempo presente es un campo relativamente nuevo en nuestra disciplina pero que se encuentra en rápido desarrollo. Desde fines de la década de 1970 los franceses comenzaron a hablar de esta especialidad y poco después se creó el Instituto de Historia del tiempo presente, cuyo primer presidente fue François Bedarida y que desde 1994 dirige Henry Rousso. Por su parte, el Instituto Alemán para la Historia de la Época nacionalsocialista cambió ese nombre por el equivalente al de “tiempo presente”: Institut für Zeitgeschichte. Casi enseguida una preocupación similar apareció en Londres y en España. ¿Pero de qué se ocupa la Historia del tiempo presente? Esta denominación presenta varias dificultades. En el primer lugar porque el positivismo instaló fuertemente en el siglo XIX el concepto de que la Historia no era otra cosa que “la ciencia del pasado” y, como consecuencia de ello, el sentido común asimila lo histórico a lo pretérito, lo concluido, lo que ya no es actual porque el historiador – dicen quienes defienden esta postura– necesita como condición *sine qua non* alejarse temporalmente de su tema de estudio para tener “perspectiva” y ser “objetivo”.

Por el contrario, quienes creen que una visión histórica del pasado reciente no sólo es posible sino imprescindible para entender el presente, se dedican a historiar el tracto cronológico de la evolución social más cercano a nosotros, pero no

se ocupan de cualquier acontecimiento por el simple hecho de ser inmediato sino de aquellos cuyas consecuencias están aún vigentes.

Por lo tanto, estos estudios mantienen una estrecha relación con la memoria colectiva. En todos los casos, la Historia del tiempo presente se desarrolla a partir de un trauma profundo en la sociedad. Podríamos afirmar, que en el caso del Atlántico Norte, esa situación traumática corresponde a la Segunda Guerra Mundial y al genocidio. Una cuestión que no abarca sólo a Alemania sino también a las naciones que sufrieron la ocupación nazi y a las actitudes de los ciudadanos de esos países en tales circunstancias.

Francia tomó la delantera en estos estudios en relación al régimen de Vichy. A mediados de los '70, comienza a manifestarse la preocupación no por la parte heroica de la historia –la Resistencia, que se descubre como un movimiento mucho más reducido de lo que se había querido creer al fin del conflicto– sino por su costado vergonzoso: el colaboracionismo, el antisemitismo y la traición de las élites. Este fenómeno no se analiza sólo hacia el fin de la guerra sino que se investiga también cómo la significación de tales fenómenos fue cambiando a través del tiempo para conocer cómo operan hoy en el imaginario político. Esta es una característica central de esta nueva rama de la Historia.

Cuando nos referimos a la Argentina, la rup-

tura está aún más cerca en el tiempo: la marcan los agitados años '70 y, en especial, la sangrienta dictadura que entre 1976 y 1983 se llamó a sí misma "Proceso de Reorganización Nacional". Posiblemente esta proximidad temporal contribuya a un fenómeno que es particular de nuestro país: si bien en Europa la Historia del tiempo presente es un extendido espacio académico, en Argentina todavía resulta un ámbito con resistencias a ser abordado por parte de los historiadores. Esto no quiere decir que no se haya trabajado sobre la década de los '70 y los '80, sino que los autores de esos estudios provienen mayoritariamente de otras disciplinas como la sociología, las ciencias políticas, la economía o la antropología. Este es el caso de la autora de la obra que nos ocupa. Rosana Guber es antropóloga social, investigadora del CONICET-IDES, coordinadora de la Maestría en Antropología Social del IDES/IDAES- Universidad Nacional de San Martín, y docente del Magister en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones.

La primera afirmación que podríamos hacer sobre su libro acerca del conflicto armado de 1982, es que se trata de un trabajo que demuestra audacia intelectual. Dentro de los sucesos que marcaron a quienes vivieron la última dictadura, la guerra de las Malvinas es uno de los más contradictorios y difíciles de presentar. Los problemas acerca de su tratamiento fueron agudamente sintetizados no hace mucho tiempo por Beatriz Sarlo en un breve artículo periodístico:

"Ayer fue 2 de abril, un aniversario más del comienzo de la Guerra de las Malvinas. Como durante el Mundial de Fútbol de 1978, gobernaba una dictadura militar; en uno y en otro caso, millones de argentinos lo pasaron por alto para salir a festejar el Mundial del país de los desaparecidos y la aventura militar de los dicta-

dores. Todavía hoy es difícil reconocer que la gente quería el Mundial en las condiciones que fueran y que celebró en las plazas el inicio de la Guerra de Malvinas creyendo que los militares habían encarado una empresa de afirmación nacional. (...)

El Mundial de fútbol y las primeras semanas de la Guerra de Malvinas son momentos resbaladizos, donde es difícil reconocerse en la multitud enfervorizada con el Himno y el celeste y blanco, movida por la idea delirante de que éramos los mejores del mundo, nos gobernara quien nos gobernara. A diferencia de otros momentos de la historia, la mayoría estuvo comprometida en la celebración, tirando papelitos o agitando banderas.

El nacionalismo territorial produce guerras y, por supuesto, miles de víctimas, comenzando por los veteranos de Malvinas, esos hombres incómodos que durante más de dos décadas quedaron a la deriva, no porque la guerra fue una aventura loca de los militares, sino porque fue una guerra perdida.¹

Cuando se produjo la invasión promovida por los militares, la adhesión de la inmensa mayoría de la sociedad fue total y espontánea. Este apoyo —que nadie hubiera imaginado el día anterior— se manifestó con dos hechos espectaculares: por una parte, el gobierno pasó de ser objeto de una reprobación masiva durante el acto de la CGT el 30 de marzo a recibir el apoyo público en la Plaza de Mayo tres días más tarde y, por otro, la oposición política en su casi totalidad concretó un acercamiento al régimen militar, cuando ingresó el viernes 2 de abril a la Casa de Gobierno para exteriorizar su conformidad por la recuperación de las islas.

Estas embarazosas circunstancias son difíciles de explicar. También lo es el nuevo vuelco que se produce en la opinión pública cuando se

conoce la derrota, mientras se populariza la interpretación de que los civiles – grupo que incluía a los políticos – habían sido víctimas inocentes del astuto engaño de los militares. Todo esto hace de la guerra de Malvinas uno de los acontecimientos más incómodos de nuestra historia reciente.

Las interpretaciones existentes son todavía escasas y en su mayoría dan preeminencia a la formación de una mentalidad patrioter y acrítica resultado de la prédica escolar. En esta línea se encuentran los trabajos de Carlos Escudé,² Luis Alberto Romero³ y un interesante artículo de Marí, Saab y Suárez⁴ que con sus diferencias y matices otorgan a la educación un lugar privilegiado para explicar esas reacciones. Otra autora, Lucrecia Escudero, aunque reconoce que la escuela cumplió una función importante en el origen del fenómeno, le otorga el papel clave en la aceptación del conflicto a los medios de comunicación y así intenta explicarlo.⁵

En el libro que nos ocupa, Rosana Guber demuestra que el tema tiene una larga historia y plantea que la reivindicación de las Malvinas se fue convirtiendo a través del tiempo de un reclamo diplomático en una causa popular, en un largo proceso donde se encadenan posiciones contradictorias como las de José Hernández – quien a fines del siglo XIX incorpora el tema del reclamo de las islas en la política interna–; Paul Grossac –que inaugura en el plano intelectual su restitución como causa nacional–; Alfredo Palacios –cuya protesta por aquellos territorios olvidados se vinculaba con la visión progresista de establecer una relación de ese hecho con el olvido por parte de los sectores dominantes del sector de la sociedad conformado por los trabajadores–; Rodolfo y Julio Irazusta –quienes elaboran una “contrahistoria” e incorporaron el antiimperialismo al nacionalismo, quitándole la

exclusividad de ese argumento a la izquierda–; el “Operativo Condor” de 1966, –en el que un grupo de jóvenes ligados al peronismo sindical aterrizó en Malvinas, donde rebautizaron Puerto Stanley y el aeropuerto con el nombre del gaucho Rivero, además de reclamar la restitución de la soberanía sobre los territorios– en un acto que implicaba también un reclamo por la proscripción política del peronismo.

La eficacia del tema, entonces, estaría para esta autora en que la reivindicación territorial provenía de esas múltiples vertientes, algunas de ellas contradictorias, pero coincidentes todas en su reclamo de fondo que era la restitución de las islas. Lo que explica la unidad de la opinión pública en 1982 no es el resultado de una prédica escolar unívoca sino, por el contrario, la ambigüedad que resultaba de aquellas múltiples reivindicaciones, lo que hacía que en el mismo tema todos estuvieran aparentemente de acuerdo aunque en realidad las pretensiones de los diversos grupos fueran diferentes. En esto residía la eficacia del argumento y la inmediata aceptación de la invasión. Según Guber: “La iconografía geográfica argentina siempre incluyó a las islas en los mapas de la República y los manuales de historia contenían y contienen el episodio de la ‘usurpación’. Sin embargo, la resonancia política de Malvinas no viene de aquí... En un proceso político plagado de rupturas intempestivas, de pérdidas constantes de legitimidad y de persecución por ‘razones políticas’, Malvinas se convirtió en una adecuada metáfora de la Nación usurpada ya no sólo por el ‘pirata inglés’ sino por sectores políticos argentinos definidos mutuamente como enemigos, y en especial por los regímenes de facto.” (p. 102)

Pero el análisis de la autora no se detiene en el estallido de la guerra sino que se ocupa también de los cambios de significación que operan en

este acontecimiento a lo largo de su transcurso y en su proyección en los primeros años de la democracia: “Después de la guerra y la rendición... la lucha por la ‘recuperación’ se convirtió en una ‘guerra absurda’ por pasar a integrar un pasado enemigo, el del Proceso y las Fuerzas Armadas... La construcción de la imagen de los ‘chicos de la guerra’ es el mejor ejemplo de qué podía hacerse con la mayor evidencia de que numerosos civiles participaron del conflicto bélico y muchos otros, sus mayores, prestaron su consenso. La memoria civil ha rescatado a los ex soldados de la (ir)responsabilidad en aquella ‘locura’, por su corta edad y su indefensión, pero a cambio de transformarlos en las víctimas indefensas de sus superiores, no de los británicos.” (pp. 165-166)

La guerra reaparece en la Pascua de 1987, cuando un presidente inerme ante la rebelión “carapintada” califica a los insurrectos de “héroes” del conflicto de 1982. “Entonces,” –dice Guber– “Alfonsín trató de superar el conflicto interno invocando a Malvinas nuevamente como un vehículo para reintegrar a la Nación. Pero mientras Malvinas seguía sumida en el silencio público desde la rendición, el presidente se empeñaba en reintegrar a la Nación desde los militares rebeldes, quienes se autoerigían no en representantes de la causa nacional del archipiélago sino en la encarnación de una guerra interna, un pasado donde el enemigo no había sido inglés sino argentino.” (p. 166)

La significación de la guerra cambió con el nuevo mandatario y la construcción de un monumento a los caídos en acción: “La política de Menem fue distinta, quizá porque para diferenciarse de su predecesor, puso a Malvinas en el centro de la escena, y de la ciudad. Con el monumento daba una señal conciliadora hacia las fuerzas armadas en interna discordia, pero también rescataba a Malvinas de su exclusivo dominio militar...” (p. 167).

En suma, el interesante libro de Rosana Guber es un aporte al estudio de un tiempo muy próximo aunque paradójicamente lo percibamos hoy como distante. Pero, sobre todo, resulta un valioso trabajo acerca de una problemática poco atendida todavía entre nosotros: cómo el recuerdo del pasado (y su olvido) funcionan en la sociedad a través del tiempo para darle sentido al presente. Al decir de Henry Rousso, “La historia de la memoria es un análisis de la evolución de las formas y los usos del pasado sobre un período dado, tal como es llevado por grupos significativos (familias, partidos políticos, grupos sociales–profesionales, naciones, etc.)” Esto, concluye Rousso, tiene una implicancia disciplinar importante al otorgarle al acontecimiento una dimensión de larga duración pero, también y sobre todo, una implicación política de primer nivel: “...el pasado como motor de la acción para el presente y el futuro.”⁶ Por todo lo anterior, podemos afirmar que cuando damos vuelta la última página de este pequeño volumen el libro no termina. Guber nos obliga a seguir pensando.

Notas

¹ Sarlo, B. "Historia abierta". *Revista Viva*, 3/4/05. pp. 22.

² Escudé, C. (1990): *El fracaso del proyecto argentino. Educación e ideología*. Instituto Torcuato Di Tella / Editorial Tesis, Buenos Aires y Escudé, C.: (1987) *Patología del nacionalismo. El caso argentino*. Instituto Torcuato Di Tella/ Editorial Tesis, Buenos Aires.

³ Romero, L. A. (coord.) (2004): *La Argentina en la Escuela. La idea de Nación en los Textos Escolares*. Siglo XXI, Buenos Aires.

⁴ Marí, C.; Saab, J. y Suárez, C. "Tras su manto de neblina... Las Islas Malvinas como creación escolar", en *Revista de teoría y didáctica de las ciencias sociales* N° 5, ULA – Venezuela, 2000.

⁵ Escudero, L. (1996): *Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*. Gedisa, Barcelona.

⁶ Feld, C. "Entrevista con Henry Rousso. 'El duelo es imposible y necesario'", en *Puentes* N° 2, 2000, p. 32.